

los lienzos de otras épocas, los Van der Meulen, los Vernet, los Detaille, lo que para nuestras imaginaciones es siempre la batalla. Y todos, como interrogándonos los unos a los otros, nos miramos con curiosidad.

El general Sarrail, que adivina, sin duda, nuestra íntima desilusión, nos dice:

—Lo importante era que ustedes se diesen cuenta de que el enemigo no está tan cerca de Verdun como sus boletines lo pretenden... En algunos lugares, aquí, frente a nosotros, nuestros soldados se hallan a cincuenta metros de los alemanes... Cada día adelantamos algo... Pero es largo, muy largo... Esta guerra no se parece a ninguna otra... Es una guerra de sitio en pleno campo...

Después, consultando su reloj:

—Ya es tarde — exclama —; volvámonos... Estamos a dos kilómetros de nuestros automóviles.

Y así, sin haber oído siquiera un tiro, sin haber visto un cañón, regresamos de nuestra visita a un campo de batalla.

En el camino, el general nos refiere la gran acción que su ejército riñó, victoriosamente, en septiembre, contra las fuerzas del Kronprinz.

—Mi ejército — nos dice — tomó primero parte en los grandes combates de la frontera belga y de las inmediaciones de Lonwy; pero tuvo que retirarse, siguiendo el movimiento general de las tropas francesas, para buscar en esta plaza un punto de apoyo contra los ataques del enemigo. Si actualmente mis fuerzas son tan numerosas como las que tengo enfrente, en aquellos primeros días de la guerra la proporción no era la misma, y tuve que organizar la pelea con un número de hombres muy inferior al del ejército del Príncipe imperial. Hacia el 10 de septiembre, mis posiciones estaban determinadas, teniendo a mi izquierda Bar-le-Duc y a mi

derecha Verdun. El flanco del Kronprinz hallábase así amenazado y trataba de abrirse camino por el fuerte de Troyon, contando con que la toma de Saint-Mihiel permitiría a uno de sus cuerpos envolver esta plaza. Cuando yo noté las intenciones del enemigo, envié mi Caballería por aquel lado y conseguí detener el movimiento que me amenazaba. Los cuerpos alemanes lanzados contra mí eran el tercero, el décimo y el décimosexto, apoyados por el décimotercio de Wurtemberg y por dos divisiones de reserva. ¡Tropas admirables y admirablemente mandadas, no puede negarse!... Las nuestras las obligaron, sin embargo, a detenerse y a perder las esperanzas que tenían de llegar hasta Verdun... Entonces, seguro de no ser atacado, y seguro, sobre todo, de que no lograrían, por más esfuerzos que hicieran, sitiar estos fuertes, comencé tranquilamente a preparar mi ofensiva. Lo más importante era no perder el contacto con el resto del ejército. El contacto no lo perdí nunca... No... Aun en los instantes más duros de la refriega, cuando mis regimientos llegaron a mezclarse, estábamos unidos a los demás núcleos franceses que operaban en el Marne. En seguida me lancé a ensanchar el campo alrededor de Verdun, para que los famosos cañones de sitio no pudieran llegar a tiro de mis fortalezas. El resultado de la ofensiva fué mayor de lo que esperaban los más optimistas. Vendiendo caro el terreno, el enemigo lo abandonaba y mi Caballería lo perseguía... ¡Si hubieran visto ustedes aquellos campos de batalla!... Estaban cubiertos, así, literalmente cubiertos de cadáveres...

El general se detiene, y con la mano nos señala hacia el Sur, por encima de la ciudad, las vastas llanuras de su triunfo, entre los bosques de la Argona y de Souilly. Sus ojos claros parecen percibir en la niebla el cuadro terrible de hace tres meses. Sus labios juveniles y enérgicos murmuran palabras que no llegan hasta nuestros

oídos y en las cuales yo me complazco en adivinar, no sé por qué, algo como una oración por los héroes que, a su voz, fueron a caer para siempre allá, a orillas del verde Mosa.

De pronto, el ilustre guerrero se vuelve hacia nosotros y nos dice, señalando una línea verde de colinas que limitan el horizonte por el Sudeste:

—Ahora de lo que se trata es de echarlos de ahí..., de Saint-Mihiel...

—Y después de un instante de silencio:

—¡Si no fuera por la floresta de Apremont!... ¡Yo hasta en quemar la floresta he pensado!... Pero no es fácil en invierno, cuando los árboles están húmedos...

Otro silencio. Al fin, sonriendo de nuevo, con el rostro iluminado por una llamarada de fe, termina:

—Ya vendrá el día...

Algunos de mis compañeros, que no se figuran que una gran batalla pueda ser referida en pocas palabras y que esperan la continuación del relato de las operaciones de septiembre, interrogan al general, sin obtener más respuesta que un *Ces tout* muy amable y muy terminante. Es todo, en efecto... Centenares de miles de hombres que luchan, que matan, que mueren...; pueblos que desaparecen entre las llamas...; tropas que se retiran y tropas que las persiguen... Luego, la llanura cubierta de cadáveres que los cuervos devoran... Es todo... Desde el principio de los siglos siempre ha sido así, y así será, de seguro, hasta el fin del mundo...

Una profunda decepción nos aflige, no obstante. Marchando detrás del ilustre soldado, que calla, pensamos en los detalles de la gran tragedia y sentimos, poco a poco, la infinita congoja de lo desconocido. ¡Cuántos actos heroicos deben de haber sido llevados a cabo durante la batalla! ¡Cuántos sacrificios sublimes!... ¡Cuántas proezas!... En otro tiempo, cuando un campo de batalla cabía en una estampa, los rasgos admirables so-

bresalfan. Ahora, los generales no pueden ver sino el conjunto, las enormes masas, los grandes movimientos. Y cuando quieren darse cuenta del espacio en que han sido vencidos o vencedores, necesitan inclinarse ante una carta geográfica para contemplar espacios que la vista humana no logrará nunca abarcar.

Al volver a la puerta de la misteriosa fortaleza donde hemos dejado nuestros automóviles, la encontramos llena de soldados. Es la hora del descanso, después del almuerzo. Como niños en el patio de una escuela, los buenos *troupiers* juegan, charlan, ríen, mientras los oficiales comentan las noticias que acaban de traerles los periódicos de París. Ante el general, todos se inmovilizan un instante, llevándose la mano al quepis.

—*Bonjours, mes enfants*—grita Sarrail.

Y dirigiéndose luego a un capitán muy rubio y muy barbudo, que permanece quieto cual un muñeco de bronce, exclama:

—¡Hermosas barbas por mi fel... Pero tenga usted cuidado no le vayan a tomar por un alemán...

Los soldados sonríen.

Un jinete pasa al galope, y al ver al jefe ilustre se detiene para saludarlo.

—¡Demonio!—dice Sarrail, después de examinar el caballo con atención—. ¿De dónde ha sacado usted un animal tan bonito?... En el Bosque de Bolonia tendría usted mucho éxito...

Mi compañero el dinamarqués contempla extático este cuadro, que se le antoja inaudito. En su cabeza de hombre del Norte no puede caberle la idea de tanta familiaridad y de tanta ligereza dentro de la tragedia, de tanta *bonhomie*, unida a tanta cortesía, en pleno campo de batalla.

—En Alemania—murmura a mi oído—no podría existir esto, pues los subordinados le perderían en el acto el respeto a sus jefes.

Aquí el respeto se combina perfectamente con la democracia, y un gesto basta para que el más *frondeur* de los *pionniers* acuda presuroso a ponerse, cuerpo y alma, a las órdenes de quien lo manda.

— Sarrail es una excepción — dicen sus admiradores.

Pero no hay tal. Sarrail no es sino el que mejor personifica, con su gran cortesía unida a su gran temple de alma, el tipo del guerrero francés. En nuestras recientes visitas a los Estados Mayores hemos encontrado a otros generales, y todos ellos nos han producido impresiones idénticas de amable sencillez. Hemos visto a Marjoulet, recio, serio, ceremonioso, y tan distinguido de maneras en su terraza erizada de baterías cual en un salón parisiense; hemos visto a Palacot, a poca distancia del enemigo, en un castillo señorial, donde parecía recibirnos para una fiesta; hemos visto, entre los matorrales de un bosque, viviendo cual un guerrero primitivo, al famoso Micheler, bizco, hirsuto, cubierto de pieles rústicas, y que, cuando habla con sus hombres, semeja un patriarca en medio de su tribu; hemos visto, en fin, a Gérard, el soldado filósofo, siempre preocupado de problemas trascendentales... Y en todos, a todas horas, hemos encontrado, a pesar de la intensa labor que los atormenta, una gracia exquisita y un admirable espíritu de justicia.

— ¡Ah! *Les bougres, ce son des rudes guerriers!* — exclamó Micheler cuando le hablamos de los alemanes, contra los cuales combate como un león en la espesura del bosque del Argona.

Y esta frase, traducida en términos más finos, envuelta en más retórica, la encontramos ahora en labios de Sarrail, lo mismo que antes en los de Marjoulet, Palacot y Gérard. Es la frase de Bayardo cuando habla de los «gentiles enemigos» españoles; la frase del conde de Auteroche cuando saluda, en plena lucha, quitándose el chambergo ante sus adversarios ingleses; la frase de

Murat celebrando a gritos el heroísmo de los rusos. Es la frase que, a través de los siglos, ennoblece a los soldados de Francia. Y hoy más que nunca; hoy, que la grosería y la violencia parecen haber invadido el alma de los guerreros; hoy, que la guerra es una formidable operación matemática; hoy, que nada de la poesía de las antiguas peleas subsiste, tal elegancia sorprende y encanta como el último vestigio de las gracias épicas de antaño.

— Buen viaje, señores, y que lleven ustedes un recuerdo agradable de nuestro apacible Verdun — nos dice Sarrail al despedirnos —. Si mis ocupaciones no me lo impidieran, tendría mucho gusto en acompañarlos hasta las alturas del Mosa, que son más pintorescas que los campos que acabamos de visitar.

Nuestros automóviles ruedan lentamente, abriéndose paso con dificultad entre los innumerables carros de la Intendencia militar, que ocupan la ruta. Como por encanto, el aspecto de la Naturaleza cambia apenas dejamos atrás los fuertes del Sur y nos acercamos a los bosques del Regret. ¡Y qué bien se comprende este nombre cuando se piensa en la tristeza que los prusianos deben haber sentido, después de la derrota de Valmy, al abandonar las viñas que tan dulces les parecían! Los arroyos corren por todas partes, formando caprichosos damasquinados de plata en el esmalte de las praderas. Bajo los ramilletes de plátanos y de tilos, las aldeas esconden sus techos de paja como si temieran que, al verlas tan felices, los cañones de los enemigos quisieran destruirlas. De vez en cuando, un molino extiende sus alas blancas en medio de inmensos haces de trigo que parecen chozas de esquimales. Caminitos de égloga se pierden entre las arboledas, convidándonos a abandonar nuestras rápidas excursiones para ir a soñar apaciblemente al borde de algún claro manantial. Las regiones de la guerra parecen haberse quedado muy lejos. Y, sin embargo, he

aquí un poste que nos obliga a pensar de nuevo en las terribles realidades del momento. «Metz—dice una placa azul—, 49 kilómetros.» ¡Cuarenta y nueve kilómetros!... En tres cuartos de hora podríamos estar allá... ¡Tan cerca y tan lejos!... Nuestro capitán sonríe con amargura cuando yo le digo riendo:

—Vamos por el camino que señala la flecha del poste...

Medio siglo lleva Francia contemplando esa flecha irónica y tentadora, que se repite a cada paso desde París hasta Longeville, a lo largo de la ruta. Aquí cerca, siguiendo esta misma dirección, se halla Etain; un poco más allá, Conflans; luego, bañándose en las aguas del Mosela, aparecen las viejas murallas que son siempre grises, siempre orgullosas de sus blasones ennegrecidos. Pero, ¿qué no es lo mismo en la ciudad cautiva? Otras, que lloran como ella, no han tenido la fuerza de voluntad que se necesita para resistir a los halagos del raptor, y han aceptado oropeles que las transforman. Ved Estrasburgo en sus barrios modernos, y os encontraréis ante una imagen alemana, fuerte, clara, limpia, rica y pesada. Metz, en cambio, conserva con un amor desesperado su antiguo aspecto, defendiendo hasta sus defectos, hasta sus fealdades, para no perder su carácter y su acento.

«Yo he llorado de rabia, sintiéndome más extranjero que en París, en esa ciudad que es nuestra», escribía poco hace un profesor alemán de Metz. Los franceses lloran también, no sólo de rabia, sino, además, de ternura, ante la fidelidad con que la bella lorenesa, violada por los conquistadores, conserva la fe que jurara en aquellos días aciagos y excelsos en que el emperador Carlos V pretendió en vano apoderarse de ella. Ante la flecha del poste, las palabras de Barrés hablando en nombre de sus compatriotas acuden a mi memoria. «Un día vendrá, dulce ciudad, en el cual, marchando sobre las viñas y sobre los escombros, iremos a pedirte perdón

por no haber sabido defenderte y te pondremos de nuevo tu corona nupcial. ¡Ah, las fiestas entonces! ¡Ah, la romería nacional de todos los franceses para tocar con sus manos las cadenas de tu prisión!»

La flecha dijérase que se alarga, que quiere acercarse más y más al punto que señala...

—Vamos, capitán—vuelvo a decir a nuestro guía.

—Ya iremos—me contesta, poniéndose serio.

UN COMBATE DE ARTILLERÍA EN EL BOSQUE

25 de diciembre.



A mañana está clara, una mañana de invierno septentrional, húmeda y fría, con amplias rayas de sol, que pasan entre las nubes desgarradas para iluminar, como luces de reflectores, las copas de los árboles. El viento del Norte nos trae del seno de la floresta exhalaciones extrañas de hojas que se pudren. En el espacio, las bandadas de cuervos juguetean, satisfechas de sus opíparos festines, buscando las corrientes de claridad para bañarse en ellas.

Todos nos sentimos animados y parleros.

—¿Lleva usted mucho tiempo aquí?—pregunta alguien a nuestro guía, un capitán de Artillería.

—Más de tres meses—contesta.

Y sin hacerse de rogar, nos refiere sus recuerdos de la gran batalla, en la cual tomó parte al mando de una compañía.

—Cuando yo llegué, el 23 de agosto—dice—, nuestras tropas venían de retirada, luchando durante el día y retrocediendo durante la noche... Mi primera acción no fué muy agradable, pueden ustedes creerlo... En Montfauçon, apenas instalados, fuimos atacados por fuerzas tan superiores en número, que pensamos no salir del paso con vida. Y lo más terrible es que, apenas

CAMPOS DE BATALLA Y CAMPOS DE RUINAS

abandonamos el lugar, nos vimos rodeados de tropas que salían de los bosques... Nuestro coronel, sintiéndose perdido, tuvo una idea que parecía loca y que, sin embargo, nos salvó, pues en vez de continuar hacia el Sur, nos llevó al asalto de una aldea ocupada por los alemanés, en la cual pudimos unirnos con otro regimiento que venía del Este... Durante dos días resistimos, sin ceder un palmo de terreno, peleando a la bayoneta. Yo sufría de reumatismos, que se me curaron en el acto. Cuando salimos de nuestra aldea para continuar la retirada, el comandante Cuinet tuvo que sostener un ataque terrible de toda una brigada de la Guardia prusiana, que nos aguardaba en las inmediaciones. Al ver la masa enorme que teníamos enfrente, me dijo: «*Nous sommes foutus, mon vieux!*» ¡Qué hombre aquél!... ¡Pequeñito, rabioso, mal hablado, renegando siempre de los jefes!... Sólo durante el combate se reía como un niño, soltando bromas. «¡A morir tocan, hermanos!», nos gritaba. Con un fusil, a la cabeza de la columna, tiraba como un diablo, y después de cada tiro aseguraba que había matado a un general. De pronto, una bala le rompió un brazo: el brazo izquierdo. Yo quise vendárselo con un pañuelo; pero no me lo permitió. «¡Otro general!», gritó disparando, apoyado en un árbol. En el mismo instante, un fragmento de obús le vació un ojo. Entonces, horrible de verse, con la cara llena de sangre, echó a andar hacia adelante cual un fantasma. Todos le seguimos. «¡Adelante, hermanos!—nos decía—. ¡Adelante, adelante!» Era un suicidio. Y no obstante, llegamos hasta una granja sin que los prusianos pudieran detenernos, y en la granja encontramos una de nuestras baterías perdidas la víspera. Durante una semana entera nos mantuvimos ahí, hasta que el 6 de septiembre recibimos refuerzos... La suerte comenzaba entonces a cambiar, y los que retrocedían eran los alemanes...

—¿Y el comandante?—le preguntamos.

—Aquí anda siempre en el bosque, tuerto, rabiando... Si lo encontramos, no se asusten ustedes de las groserías que dice... Es un niño mal educado...; pero un verdadero niño...

Por el desfiladero de las Isletas hemos penetrado en el corazón de la floresta. Ya no hay más que árboles, árboles enormes, negros, casi sin hojas. Nuestros automóviles avanzan penosamente por el sendero lleno de fango. Cuando encontramos un carro de municiones viniendo en sentido inverso, tenemos que detenernos para dejarlo pasar. Las ruedas se hundén y las portezuelas rozan los troncos de las encinas. Por aquí han pasado, empero, desde hace muchos siglos, formidables ejércitos. Por aquí llevó Condé sus cañones; por aquí se encaminaron hacia los Países Bajos los que lucharon contra el poder de Carlos V; por aquí vino Goethe, en la berlina del duque de Weimar, para asistir a la derrota de Valmy.

«Son las Termópilas de Francia», escriben los historiadores.

Hoy estas Termópilas están convertidas en un laberinto sangriento, en el cual los hombres se cazan como fieras, persiguiéndose en medio de la espesura. En ciertos lugares, como Grurie y la Chalade, las trincheras francesas se hallan a veinte pasos de las alemanas, y los hombres, al morir, pueden mirarse de cerca, preguntándose, quizás, cuáles son las razones supremas que los han traído a tan amargos trances. Porque el odio terrible que los periódicos de Berlín y de París demuestran, en los campos de batalla no se nota. El enemigo es, sin duda, el enemigo. Hay que luchar contra él. Hay que destruirlo. Pero detestarlo, no. Un reservista nos decía anoche, hablándonos de los alemanes cuyas tumbas se encuentran a cada paso en las cercanías.

—¡Pobres *bougres!*... También ellos deben dejar hijos, padres, mujeres...

En la espesura del bosque, el alma humana parece sentir mejor que en la llanura la melancolía del Destino. Es religiosa esta soledad, este silencio, esta sombra. Cuando las legiones de César se encontraron en los mismos lugares donde estamos ahora nosotros, sintieron un extraño temor de lo desconocido. Verdad es que entonces se ocultaban aquí aquellos dioses terribles que los galos llamaron Vosago y Caturix. Pero aun despojado de sus divinidades formidables, el Argona es uno de los lugares que más profundamente hacen percibir la miseria insondable de la vida. Morir bajo las encinas, lejos de todo lo que constituye la alegría de existir, no debe ser lo mismo que morir en un campo abierto. Hay algo de naufragio en las catástrofes que presentimos. Las ramas secas forman un murmullo marino, y las espesuras se presentan ante nuestra vista con profundidades de abismo. Los lobos, que en tiempos ordinarios pueblan la selva, han huído, aullando, al oír los rugidos del cañón. Sólo los hombres quedan, convertidos en fieras, para perseguirse de matorral en matorral, sin tener siquiera la excusa del hambre o del odio.

El comandante que nos lleva hasta sus baterías del Four de París, es un «territorial» que, en épocas de paz, dirige una sucursal del Crédito Lyonés. Todo en él es suave, tranquilo, burgués. Su bigote está ya casi blanco y sus ojos necesitan la ayuda de los lentes para ver claro.

—Siganme ustedes—nos dice—, y traten de no lastimarse con las zarzas.

Al cabo de algunos pasos, se detiene y exclama:

—Ahí están.

Ahí están, en efecto. Ahí están, estirándose en sus armones con las fauces abiertas. Ahí están, cual animales salvajes que acechan, muy quietos y muy callados...

Son nueve...

Unos largos, grises, delgados, tienen algo de felino y

de serpentino. Otros son cortos y gordos. Los últimos, que se ocultan entre la hojarasca, espantan por lo enormes. Al lado de cada uno de ellos, un hombre, inmóvil, tiene en la mano una cuerda, con la cual parece mantener a la bestia de cuya custodia se halla encargado.

El comandante hace un ademán.

Entonces todos comienzan a rugir, mezclando sus voces monstruosas, sacudiéndose convulsivamente.

El bosque entero se conmueve.

¿Os acordáis del capítulo famoso en que Goethe habla de la fiebre del cañón?

«Me parecía—asegura el gran poeta—que me encontraba en un lugar muy caliente, y este calor me quemaba de tal manera, que me sentía al nivel del elemento en medio del cual me hallaba. En tal estado, la vista no pierde nada de su claridad; pero dijérase que el mundo tíñese de pronto de rojo oscuro. Lejos de sentir la circulación de mi sangre acelerarse, experimentaba, por el contrario, la sensación de que todo mi ser se absorbía en el brasero que me rodeaba: lo que explica que se llame esto la fiebre. Es digno de notarse que lo más horrible en las circunstancias a que me refiero, nos entra por los oídos: los crujidos, los silbidos, los rumores y los ululamientos de las bombas.»

Estas líneas fueron escritas hace más de un siglo, en estas mismas regiones del Argona, cuando Goethe pudo acercarse a una batería. Yo me encuentro ahora en medio de tres baterías, y en vano trato de sentir la famosa fiebre del cañón. Ni en mí, ni en mis compañeros, ni en los soldados que tiran de las cuerdas para disparar obuses de 75, de 120 y de 150, noto la más ligera señal de perturbaciones nerviosas. Los truenos estallan en salvas de tres; el aire crepita; las ramas crujen largamente, y cuando los nueve proyectiles se han perdido en el espacio, no percibimos sino el estremecimiento de las piezas de acero. El 75, ligero y esbelto, retrocede sobre

su cureña sin esfuerzo y vuelve en el acto a colocarse en su sitio, ni más ni menos que una pistola Browning de bolsillo. El 120 corto, salta, se sacude, tiembla un segundo y en seguida se asienta, como satisfecho de su acto de bravura. El 150 hace moverse las ramas secas que lo cubren y parece bramar dentro de su alma tor-tuosa. Pero los artilleros, tranquilos cual si estuvieran en un polígono, ni siquiera se mueven. ¿Será que en la inmensa *faillite* de la guerra como elemento formidable de poesía, los cañones también han hecho bancarrota?... Los de antaño, tales cual los vemos en las fortalezas abandonadas y en los trofeos históricos, eran dorados, lucientes, armoniosos de forma, y llevaban en sus cuerpos de bronce gentiles blasones y nobles inscripciones. Sus voces tronaban como el rayo y sus bocas de dragones legendarios vomitaban llamas. Los de hogaño son grises, son secos, son escuetos; no tienen ni adornos, ni cifras, ni divisas; no tienen ni siquiera nombres; y en vez de colocarse, fieros y airosos, en las cimas de las colinas, se esconden en las zanjas o se ocultan entre las hojas secas, como monstruos subterráneos. Pero lo que más me choca en ellos, ahora que los considero de cerca, son sus gargantas sin grandeza ni aliento. Porque no hay duda de que en lo que todos llamamos aún, por espíritu romántico, el «trueno del cañón», ya no existe nada de trueno. Es un choque breve, algo que se rompe, un simple estallido, a lo más un rugido de rabia, muy áspero y muy rápido, en el cual se nota que ya no queda tiempo, con el tiro acelerado de las baterías, para los viejos conciertos épicos que producían fiebres.

¡Fiebres!... Es preciso ver al comandante que nos recibe para comprender cuánta calma científica, cuánta tranquilidad metódica se necesita al dirigir la operación algebraica de un combate moderno. Después de cada salva, un oficial sale de una caverna y dice a su jefe:

—Cincuenta metros Norte...

O bien:

—Cincuenta metros Oeste...

El comandante ordena, dirigiéndose a los *pointeurs*:

—Diez minutos.

Y con una vuelta en la rueda de un aparato de la cueva, el tiro, antes demasiado largo o demasiado corto, llega exactamente adonde debe llegar, lo mismo que si una mano misteriosa lo guiara a través del espacio.

Después de tres salvas, el militar de la cueva, que se halla en comunicación telefónica con otro observador, escondido en otro agujero a pocos pasos del enemigo,

grita:

—¡Eficaz!

Entonces el jefe de las baterías exclama:

—¡Fuegol!

Las nueve piezas comienzan su bombardeo; el aire se conmueve; las granadas vuelan con su aleteo siniestro. Allá, a tres kilómetros de distancia, las trincheras saltan, las aldeas arden, los hombres caen despedazados... Y el buen ciudadano que en su vida ordinaria, cuando dirige el movimiento de su casa de banca, se enfermaría si viera a uno de sus empleados cortarse un dedo al cerrar una caja de hierro, aquí preside, impassible cual una divinidad salvaje, a las hecatombes invisibles.

—¿Vienen ustedes de París?—nos pregunta—. Ahora que los teatros están abiertos, la vida debe comenzar a ser agradable... Yo hace tres meses que no salgo de Argona... Allá tengo a mi familia, a mis hijos...

Detrás de los lentes, las pupilas, que no se humedecen ante las imágenes de la muerte, niéblanse un instante. ¡La familia..., París..., la vida dulce del oficinista!... ¡Hay que seguir tirando, hay que seguir matando, hay que seguir viviendo una tragedia oscura en el bosque cubierto de lodo y de sangre!... Hay que seguir, probablemente, meses y meses...

—Aquí nos encontramos en el lugar más difícil de la

CAMPOS DE BATALLA Y CAMPOS DE RUINAS

batalla—agrega el comandante—. Vamos ganando el terreno paso a paso, penosamente, sin saber cuándo llegaremos a limpiar el bosque entero... En los últimos ocho días, a pesar de la actividad con que combatimos unos y otros, casi hemos estado inmóviles... El 7, en el bosque de la Grurie, hacemos saltar, a la mina, las trincheras enemigas y avanzamos un poco. El 8, al oeste de Perthes, también hacemos saltar las trincheras alemanas para progresar algo... El 9, los alemanes tratan en vano de reconquistar lo perdido en los días anteriores... El 10, un oficial alemán llega hasta aquí, con objeto de descubrir mis baterías, y yo lo mato con mi revólver... Ahí cayó... Luego, por precaución, cambiamos de sitio y nos vamos hacia el Norte, para volver aquí el 11... El 11, creo que mis cañones van a sucumbir: toda la mañana nos llueven los obuses... Dos artilleros muertos y un caballo herido, nada más... En la Grurie, nuevos ataques enemigos, sin resultado... El 12, mal día: los prusianos hacen saltar, a la mina, nuestras trincheras de la Haute Chevauchée... Del 13 al 15, progresos nuestros en casi toda la línea: unos doscientos metros ganados... En suma, todo va bien, muy bien... Los tenemos dominados... Pero es largo... La guerra actual...

El comandante no termina su frase. Delante de nosotros, a cincuenta pasos, una granada alemana acaba de estallar. No la hemos visto. No hemos siquiera percibido la llamarada entre los árboles; la explosión se ha confundido con el rugir de los cañones franceses, que siguen tirando. Mas el artillero, habituado a distinguir sus proyectiles de los enemigos, nos suplica que nos marchemos.

—El tiro se arregla de cincuenta en cincuenta metros—dice—, y dentro de un instante vamos a ver este lugar cubierto de «marmitas»... No hay que quedarse aquí, señores...

Luego, haciendo una señal a sus cañoneros, ordena que cesen el fuego...

—Están buscándonos—murmura—, y no hay que ayudarlos... Que no oigan nada durante algún tiempo... Para engañarlos, voy a hacer tirar un 75 que tengo allá en el fondo...

De pronto, otra granada vuelve a caer en el mismo sitio, y ya no sólo la oímos cual si estallara a nuestros pies, sino que notamos la diferencia que existe entre el proyectil que sale y el que llega. ¡Ah, el desgarramiento del hierro! Todo cruje, todo vibra. ¡Y después, como un eco de la catástrofe, las ramas enormes que se desrajan lamentándose largamente!

—Señores, ni un minuto más puedo permitirles que se queden.

Los artilleros, que permanecen quietos al lado de sus piezas, nos miran irnos sin sentir lo que hay de terriblemente triste en esta breve escena. Por no exponernos a un peligro de una hora, nosotros nos vamos. Ellos, en cambio, se quedan, no una hora, no un día, sino hasta el fin, que puede ser la muerte. Y no se preguntan si quiera por qué. No se quejan de las diferencias de la suerte. Ahí están, ahí deben estar, ahí los ha puesto la mano del Destino, ahí los encontrará, tranquilos, resignados, el fuego del cielo. Yo les hago señas con la mano despidiéndome, y ellos me contestan sonriendo. Desde lejos, a través de la espesura, los veo, durante algunos minutos. Nada se mueve en el bosque. De la tierra hiemeda, el olor misterioso sube entre ligeros murmullos de hojas secas que se desgranán. Al llegar al sendero otra granada estalla allá donde antes estallaron las de anteriores. Y yo pienso de nuevo en los que se quedan y me siento entristecido, casi avergonzado, de no que darme también.

Un apretón de manos al comandante.

Nuestros automóviles ruedan en el lodo. A derecha e izquierda, la floresta, que parece virgen y que ha sido violada tantas veces... Al cabo de un rato, la ruta y la

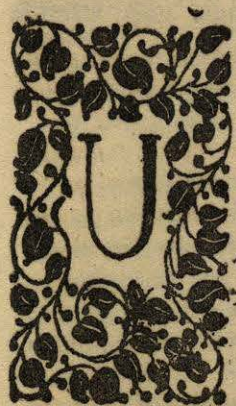
tumbas, siempre las tumbas, las tumbas innumerables, que convierten los más humildes caminos en sublimes Vías Apías...

Y el capitán que nos guía reanuda su conversación de esta mañana, como si nada hubiera pasado en el intervalo trágico de algunas horas, diciéndonos:

—Es lástima que no hayamos encontrado al comandante Cuinet... Nos habría contado anécdotas sabrosas sobre los últimos combates... Por aquí anda, siempre tuerto, siempre rabioso...

LOS PRISIONEROS ALEMANES

29 de diciembre.



¿Usted quería ver alemanes? — me dice el general Sarrail señalándome un grupo de soldados que avanza por el sendero, a quinientos pasos de nosotros—; ahí tiene usted a unos cuantos...

Todos cogemos nuestros gemelos de campaña.

Rígidos, unos cuantos soldados rubios marchan custodiados por una patrulla francesa.

—¿Son los primeros de hoy?—pregunta el general.

—Los primeros, mi general—contesta un capitán.

Todos los días, según parece, las avanzadas francesas capturan así a los piquetes enemigos que se aventuran lejos de sus trincheras.

—Al principio de la guerra—dice el capitán—se defendían como leones y preferían dejarse matar a entregarse, porque creían que serían fusilados. Sus jefes les hacían creer esto, sin duda para que no tuvieran la tentación de desertar. Pero ahora ya saben que no corren ningún peligro, y en cuanto ven a nuestros soldados tiran el fusil y alzan los brazos. Los polacos, sobre todo, dijérase que buscan las oportunidades de caer en nuestro poder. Ayer, unos cuantos reservistas de Posen se pusieron a cantar *La Marsellesa* al llegar a nuestras

CAMPOS DE BATALLA Y CAMPOS DE RUINAS

trincheras, y entregaron sus armas, llenos de alegría. Veán ustedes a éstos, y notarán que no tienen caras de susto.

En efecto. El grupo se ha detenido junto a nosotros. Un sargento francés se destaca, y al encontrarse ante el general, saluda y se cuadra.

—Los sorprendimos en el bosque, cortando leña—dice.

—¿No se defendieron?

—El de las barbas tomó su fusil; pero al ver que los otros no le secundaban, lo volvió a dejar en el suelo. Son reservistas.

El de las barbas es un hombre de rostro enérgico, bermejo, grave y hermoso. El galón que lleva en el cuello de su capote gris, hace ver que tiene un grado. Sus compañeros lo contemplan con respeto. Cuando el general lo interroga, contesta:

—Suboficial... sergent... saxon...

Es todo lo que sabe decir en francés, y lo dice con orgullo tranquilo.

Los demás son simples soldados, pálidos, flacos, extenuados. Sus uniformes llenos de lodo y rotos y desteñidos, hacen ver que llevan mucho tiempo en campaña. Ninguno de ellos tiembla. Con los labios cerrados y las manos en las costuras de los pantalones, permanecen inmóviles, esperando que su suerte se decida. Uno de nosotros, el director del *Journal de Genève*, les dirige la palabra en alemán, sin obtener la menor respuesta. El único que habla es el de las barbas, siempre jefe, siempre superior aun en la desgracia.

—Mis hombres—exclama.

Luego agrega que fueron mandados para buscar leña en el bosque, y que no ignoraban el peligro que corrían, pues habían ya visto, ahí cerca, patrullas francesas.

Una calma absoluta se refleja en los rostros de todos ellos. El sargento, especialmente, está ante sus enemi-